

Cuentos UAI de bolsillo para leer en cuarentena

BIBLIOTECAS UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ



 **BIBLIOTECAS UAI**

LIBRE DESCARGA

Cuentos UAI de bolsillo para leer en cuarentena

BIBLIOTECAS UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

Durante el 2020 nuestra cotidianidad ha cambiado. El confinamiento nos sugiere encontrar nuevas formas de movernos, y viajar con la imaginación es, sin lugar a dudas, la que más nos gusta.

A continuación encontrarás una selección con los cuentos ganadores entre el 2015 y 2019 del tradicional Concurso Literario organizado por Bibliotecas UAI. Son relatos escritos por estudiantes, colaboradores y académicos de la universidad.

¡Vamos a leer!

Tatuaje

Guido Macari

Primer lugar Cuentos 2019

Su padre le regaló una tortuga. Él viajaba mucho y, cuando estuvo en Colombia, se metió el reptil al bolsillo para llevárselo a su hija. El animal era más chico que la palma de una mano, pero creció. Se hizo casi tan grande como un melón. Su mujer le decía que era ilegal, que sería un problema. Al final, su hija la convenció para que se la quedaran.

El nombre de la hija no es importante en la historia. Sin embargo, para efectos prácticos, responderá a Paz. La tortuga, en cambio, en serio no tiene nombre.

Sonríe mientras la tortuga le da pequeñas masticadas a un tomate. Ambas están al sol; hay un calor que entibia, pero que no alcanza a quemar. Ideal para los animales de sangre fría. Paz está sentada en un escalón junto a la casa. La tortuga solo mueve la cabeza para alcanzar el fruto con la boca. Sacar a su mascota al patio es una rutina casi diaria, salvo que llueva o llegue tarde de la universidad.

Tiene un tatuaje en la cadera. Se lo hizo sin un motivo claro, cuando sus papás ya estaban separados. Sentía que se le vería bien. También le gustaba la idea de tener una ballena jorobada y una ballena orca imitando las posiciones del Yin-Yang. Ambas especies tienen en común ser muy inteligentes. Pero tienen la diferencia de que las primeras son bondadosas, capaces de salvar una foca del ataque de un depredador; en cambio, las segundas, son asesinas frías, que juegan con sus víctimas. Eso lo leyó en internet pero no le consta.

No deja que la tortuga esté en el patio sin nadie viéndola. Una vez la dejó sola comiéndose un pedazo de sandía y, cuando volvió, no la encontró. Paso más de media hora buscándola dentro y fuera de la casa. De repente, se le ocurrió ver si la encontraba en la calle. Y ahí estaba, junto a unos arbustos frente al antejardín.

Paz caminaba hacia a su casa cuando pasó frente a una plaza cercana. Venía de la casa de un amigo y había tomado varias cervezas. Vio a su mamá sentada en una banca: fumaba. Hasta donde ella sabía, su mamá no fumaba. Pero se sentía demasiado ebria como para cruzar la calle y decirle algo. Se quedó dormida apenas se echó en la cama. Despertó al día siguiente no muy segura de nada.

Fue hace cuatro años que su padre le regaló la mascota. Él viajaba por motivos laborales, al menos era lo que siempre decía. Después, Paz se enteraría que las cosas no eran tan así. Verdades a medias. La mamá de Paz lo echó de la casa.

Ella contempla la tortuga y a veces se acuerda de toda esa etapa. Sin darse cuenta, se molesta un poco con el animal. Después se calma y se arrepiente; siente una culpa que, las primeras veces, le quitó el sueño.

De todos modos, le resta importancia. Lo intenta.

En general, sentarse y mirar a la tortuga es una actividad que le relaja. El reptil no hace gran cosa más que comer, dar un par de pasos aletargados sobre los ladrillos y cerrar los ojos para quedarse quieta tomando sol. Sin embargo, a Paz le gusta ese panorama. Apoya los brazos en las rodillas y sonríe. A veces piensa que la tortuga pertenece a otro lugar, seguramente alguna selva tropical colombiana. Aunque también piensa que no podría estar en mejores manos, lejos de cualquier depredador.

Pero también piensa otras cosas. Hay ocasiones en que se pone a reflexionar sobre su vida. Ha tomado decisiones importantes ahí. Una vez, mientras vigilaba al reptil, decidió congelar su carrera. Estudiaba derecho, pero sentía que interiorizar leyes y procesos jurídicos no era un ámbito que le interesara suficiente. Pensó en sociología, también literatura. Quería aprender otras cosas. Y tomó la decisión mientras su tortuga mascaba una frutilla.

Es de noche. Paz está acostada en la cama matrimonial viendo tele. Su madre está de pie frente al espejo, con el pijama a medio poner. Toma sus pechos y los levanta un poco con ambas manos. Luego los suelta, y caen, como cargados de pasado. No hay luces encendidas, el brillo de la pantalla remarca su torso. Su hija la mira de reojo, solo ve su espalda. No hay palabras. De pronto la mamá se cubre con el brazo y se encamina al baño. Cierra la puerta. Pasa un rato y Paz piensa en levantarse, preguntarle por qué demora tanto

en salir. Pero solo le baja el volumen a la tele y todo queda en silencio. Afuera, en la calle, se oye la risa de un hombre.

Lleva la imagen pegada en la piel. A veces la acaricia con ternura.

Dejó derecho por dos años tras la separación de sus padres. En ese tiempo, trató de trabajar y estudiar lo más posible. Su mamá le decía que no demorara tanto en elegir una nueva carrera. Su papá evitaba llevarle la contra, así que le decía que no había apuro. Al final, más por resignación que por seguridad, volvió a derecho en la misma universidad.

Paz había olvidado el tema completamente. Almorzó en un restorán con su mamá. Se sentaron en una terraza; el día estaba soleado y corría una brisa atípica para Santiago. Cuando terminaron de comer, la madre sacó una cajetilla de su cartera. Le comentó a su hija que había empezado a fumar y encendió un cigarro. Paz no le preguntó nada, solo le dije que era una ridícula, que el divorcio la había dejado con depresión. No hablaron durante todo el camino de vuelta.

La voz de su madre aparece del interior de la casa. Paz escucha. Quiere que la ayude a elegir una tenida porque saldrá en la noche; un compañero de trabajo la invitó a salir. Paz se alegra, así que se pone de pie y corre a la pieza de su mamá. Trata de que sea rápido para no dejar demasiado tiempo a la tortuga sola. Acuérdate, se repite para sí misma. ¡Acuérdate! Su madre tiene un vestido negro estirado frente a ella, sujetado con sus manos. Paz entra a la pieza. Ese me gusta, dice. Me gusta mucho, en serio. Su madre no parece convencida.

Cuando vuelve al patio, no ve a su mascota. Da un par de vueltas por el jardín y la encuentra bajo un arbusto, con el cuello estirado, tratando de masticar una flor blanca. Le acaricia el caparazón y luego la frente. El reptil gira la cabeza hacia ella. La mira por un instante como sin reconocerla. Eres muy gruñona, le dice. El animal retoma su actividad: sigue dando lentos pasos en el pasto. Paz vuelve a sentarse en el escalón y se queda quieta.

Su padre la había llamado por teléfono. Él es quien casi siempre llama. Duró poco, aunque no discutieron. La invitó a comer esa noche que su mamá tenía la cita. Ella le respondió que no podía. Él le reclamó que nunca podía. Ella dijo que no tenía ganas de pelear, y colgó.

La tortuga en ningún momento dejó de crecer. En general, los reptiles hacen eso hasta el día de su muerte. Crecen.

Ya atardece cuando su madre le avisa que se va. Te ves muy linda, mamá, le dice. ¿Tú crees?, le responde. Se despiden. Paz la acompaña hasta la puerta de calle mientras espera el uber. Cuando vuelve al patio, no encuentra a la tortuga. La busca entre los arbustos.

Su madre vuelve cerca de la medianoche. Paz llora en su pieza; su mamá llega ahí por el escándalo. Sollozando, le dice que se ha perdido su tortuguita. Se abrazan. Paz logra armar una pregunta: ¿Cómo te fue? La madre responde: Bien, hace rato no lo pasaba así. La hija

la abraza y retoma su llanto.

Decidió visitarlo. Sentados en el balcón, él le pidió disculpas por todo; la tomó de las manos y le suplicó perdón. Oscurecía. Abajo se oía el murmullo del tráfico.

Una tarde. La mamá podaba las plantas de la jardinera. Vio una piedra con un diseño que le pareció curiosísimo. Con sus manos empezó a desenterrarla. Era como un iceberg en tierra: apenas una fracción al descubierto. No les costó descubrir que era el caparazón de la tortuga. Ya vacío. Su hija no estaba, así que no pudo decirle nada. Decidió volverlo a cubrir de tierra. Se levantó y prendió un cigarrillo, después se hizo un té. Omitió el tema.

El desenlace ocurre en silencio, no pasa nada espectacular. Su mamá sigue fumando, no de forma frecuente, pero tampoco lo abandona del todo. Paz a veces sale con su papá. A veces llora un poco, a veces amanece con ganas de quitarse el tatuaje.

Elefante Rosado

Juan Pablo Mira

Mención honrosa Cuentos 2019

El café estaba servido y la máquina de escribir la esperaba, sin embargo, Helen Fante tenía otros planes. Tomó sus cosas y partió rumbo al muelle, su contacto debía estar ahí. Era un hombre misterioso de abrigo largo y cigarrillo, tal como le dijeron que se presentaría. Ella se acercó algo temerosa y antes de que pudiese dirigirle la palabra el hombre sacó del bolsillo una tarjeta y se la entregó para luego saltar sobre una pequeña lancha a motor y desaparecer sin decir una palabra. La tarjeta ponía:

Buró de Crímenes Literarios

Rua de la fantasía 322

24:00 hrs. ¡Puntual!

Esa noche esperó hasta las 23:00 antes de salir de su departamento, caminó ansiosa llevando su maletín con la novela. Entró en Rua de la Fantasía y buscó el 322. En medio del angosto callejón una puerta pequeña con un cartel iluminado que decía: "Il bar de nadie". Eran las 23:30 y entró. El bar estaba atiborrado de gente bebiendo y charlando entre el humo y las luces amarillentas de las lámparas. Se sentó en una de las pocas mesitas disponibles y pidió un gin tonic mientras se entretenía mirando a los comensales. Hasta ahí todo relativamente normal, pero, cuando el reloj marcó las doce, lo único que se escuchó fueron sus campanadas. Todos, absolutamente todos, se quedaron callados.

Luego, al mismo tiempo, se pusieron de pie y comenzaron a salir uno a uno por la misma puerta por la que había entrado Helen hace media hora.

Ahora estaba sola, inmóvil y asustada, movía sus ojos tratando de encontrar alguna pista. De pronto se escuchó el rechinar de una puerta abriéndose y unos pasos acercándose.

Desde uno de los costados del bar apareció el hombre misterioso del abrigo y el cigarrillo.
-¿Señorita Fante?- preguntó el hombre.

-Sí- dijo ella- es usted.

-Ruego disculpe el dramatismo de la situación, comprenderá usted que debemos cuidar nuestro anonimato. Mis colegas son parte del montaje y...-

-Lo entiendo perfectamente, -interrumpió Helen- he traído la novela-

-Perfecto- replicó, el hombre misterioso- vamos directo a nuestro asunto. Por favor, tenga la bondad de acompañarme a la oficina.

Era una oficina pequeña cubierta de libros de pared a pared y un montón de carpetas de archivo sobre el escritorio.

-Por favor, tome asiento y cuénteme el caso.

- Cómo no...

-Inspector Look

-Como no, inspector Look. El asunto es el siguiente: llevo escribiendo esta novela cerca de 4 meses y hace exactamente 3 días el protagonista principal se ha extraviado. Y no sólo eso, ha sido suplantado por un extraño ser, totalmente ridículo y descontextualizado a mi historia. Parece una broma de mal gusto.

- Fascinante, cuénteme más.

- Tal como le digo, antes que esto sucediera todo transcurría normalmente. Mi rutina de escritura no cambiaba en lo más mínimo. Mi personaje aparecía regularmente entre las

páginas mecanografiadas, lo sé, no estoy loca, todos los días escribía y releía sobre él. Pero luego, una mañana, aparece este suplantador. Tomé como de costumbre las hojas escritas la noche anterior y al principio pensé que alguien había cambiado mis borradores por los de otra persona. ¿Pero quién? Yo vivo sola y mis gatos no fueron. Además no era el caso, pues los textos eran míos pero el personaje principal estaba cambiado, suplantado por..., por un... elefante rosado. No sé dónde está mi personaje principal, qué han hecho con él y quién a puesto a este horrible animal en su lugar.

- Señorita Fante, no desespere, ha venido usted al lugar correcto. Nuestra institución lleva siglos resolviendo los más insólitos crímenes literarios y créame, su caso está en buenas manos. Para que se haga una idea, estuvimos en las ruinas del incendio de Alejandría, tomamos muestras forenses de los personajes en las cenizas de los textos y creamos un inventario de fallecimientos. Hemos acompañado literalmente millones de muertes en las páginas de la literatura universal, atestiguando las causas de muerte y hora de las defunciones. Dando fe de que los personajes hayan muerto por las causas descritas por el autor y no por alguna otra razón. Cuando no hay claridad al final de una historia sobre si el personaje queda vivo o muerto, somos nosotros los encargados de ingresar al texto y traer respuestas.

-Inspector Look, no estoy aquí para cuestionar sus métodos, pero lo que usted me dice parece ciencia ficción, ¿cómo es posible reconstruir personajes muertos de las cenizas de los libros?, ¿cómo pudieron estar presentes en la muerte de Hamlet o el Quijote?, ¿qué es eso de ingresar al texto?

- Señorita Fante, nuestro modo de operación es una mezcla perfecta entre la tecnología más avanzada y una técnica ancestral de desdoblamiento de la mente. La técnica es casi tan antigua como la literatura misma. El otrora chamán, por medio de sustancias y meditación ritual, dejaba este plano para ingresar en el universo creado por el texto. Una vez ahí podía intervenir en ese plano, visitar sus paisajes y entrevistarse con los personajes. Hoy el método es en esencia es mismo, pero ha perdido su romanticismo primitivo. Hoy contamos con tecnología lo suficientemente avanzada para leer los textos y

procesarlos directamente, los textos de transforman en una suerte de película o sueño interactivo. El biblionauta, aquellos agentes destinados a ingresar al universo literario, deben viajar con su mente por medio de un dispositivo conectado directamente a la glándula pineal. Físicamente nunca se mueven, pero su mente deja esta realidad para ingresar en la fantasía. Todo esto se sustenta en la entidad ontológica de la realidad de ficción. Los personajes inventados no son sólo entes de razón, si no que tiene realidad metafísica propia. Añádale usted un poco de física cuántica, universos paralelos y listo. Pero en fin, no quiero aburrirla con disquisiciones teóricas.

- No, por favor, lo que me cuenta es asombroso. ¿puedo ser yo misma la biblionauta de mi novela?

-Me temo que no, el viaje no está exento de peligros. La realidad a la que ingresamos no siempre está lo suficientemente definida. Hay un montón de áreas grises donde las cosas no son lo que parecen. Desde giros en la trama hasta leyes físicas creadas al antojo del autor. Además, nuestro trabajo como bliblionautas debe ser aséptico. Entramos y salimos intentando no intervenir ni en lo más mínimo. Usted sabe, el efecto mariposa, un pequeño cambio puede desencadenar un caos, quitamos una coma en la página uno y terminamos matando al protagonista en la página cien.

- ¿Pero cómo pueden alterar el texto ya fijado?

- Eso no siempre ocurre, en la mayoría de los casos hay cambios en el universo creado pero no siempre se ven reflejados en el texto. Nuestra labor es mayoritariamente

investigativa, de observación más que de acción. Aunque excepcionalmente intervenimos deliberadamente.

Por ejemplo, Cervantes nos pidió ingresar al texto para realizar las fiestas fúnebres del Quijote. Ninguna parte del texto lo señala pero toda La Mancha se vistió de luto y celebró en honor al Quijote durante una semana. La mayoría de nuestro trabajo ocurre tras bambalinas y rara vez el lector puede notar nuestras intervenciones. Además, cuando cruzamos la frontera entre este mundo y la literatura el texto fijo se libera y entra en la fase que denominamos “indeterminación cuántica literaria”.

-No sé qué decir, creo que esto es un sueño.

-Lo sé, es difícil de creer. La cantidad de implicancias son demasiado extensas para abarcárlas todas. Pero permítame demostrarle parte de nuestro trabajo. ¿Me dijo que trae consigo su obra, no? Acompáñeme.

Salieron de la oficina y cruzaron a otra a habitación que parecía un pabellón médico. En medio había una camilla donde colgaba un casco metálico con electrodos conectado a un escáner de textos. A su vez, desde el casco salía un cable conectado a una pantalla. El inspector puso las hojas en el escáner y encendió la máquina. Le pidió a Helen que tomara asiento y observara la pantalla. El inspector se recostó en la camilla y puso sobre su cabeza el casco con los electrodos cayendo en una suerte de sueño profundo.

Helen veía en la pantalla la primera hoja de su novela. La letras comenzaron a moverse, a difuminarse. Una palabra tintineaba, otra aparecía y desaparecía. De un momento a otro la imagen del texto cambiaba a la de una película. Luego volvía al texto y así se mantenía proyectando palabras escritas y escenas filmográficas intercaladamente. Lo que Helen presenciaba no era una historia lineal. Más bien las imágenes transcurrían como un sueño. Vio al inspector en la plaza que ella describía en la página cinco, luego lo vio entrar en la biblioteca de su capítulo cuatro. Parecía como si él estuviese haciendo una suerte de mapeo del terreno, de los espacios habitables.

A los 5 minutos el inspector tuvo el primer atisbo del suplantador. Vio al paquidermo rosa, denunciado por la señorita Fante, vestido con traje y corbata, cruzando la calle en dirección a la farmacia. El inspector se acercó disimuladamente, entró en la farmacia y pretendía estar leyendo las instrucciones de una crema para las arrugas mientras miraba de soslayo al impostor. Salieron y lo siguió de lejos caminando tras de él por la calle. De pronto en una esquina el elefante dobló. El inspector Look apresuró el paso y justo cuando estaba doblando la esquina recibió un golpe de la trompa del elefante en la cara. Calló al piso algo aturdido y desde ahí veía como el elefante se alejaba corriendo. Sacudió la cabeza y se incorporó para comenzar a dar caza al elefante. Corrió tras de él tan rápido como pudo hasta que finalmente lo encontró atrapado al final de un callejón sin salida.

-¡Alto ahí, usurpador! -Dijo el inspector- al tiempo que sacaba del abrigo una suerte de arma similar a lo que nosotros entendemos por una goma de borrar. Un artilugio capaz de eliminar no sólo palabras, sino conceptos, lugares, páginas completas o personajes.

- ¿Dime quién te ha puesto es este lugar? ¿Quién ha intervenido la novela de la Señorita Fante y te a puesto a ti en lugar de su protagonista principal? ¡Confiesa si es que no quieras ser borrado y dejar de existir!

- Baje el arma, inspector Look, -dijo el elefante- no estoy aquí suplantando a nadie. Soy sólo una carnada para traerlo a usted a esta historia. Diciendo esto la imagen del elefante comenzó a hacerse translúcida y a mostrar su verdadero rostro, era Helen Fante.

-Nunca tuve un personaje principal, mi obra maestra necesitaba uno y ahora usted lo será.

Mientras tanto, en el plano de nuestra realidad, Helen inyectaba una dosis letal de cianuro en el cuello del inspector Look. Apagó la máquina y sacó su nueva novela del escáner.

Una noche en Louisiana

Fabián Pérez

Primer lugar Cuentos 2018

Eran demasiados los años de abusos, atropellos e insultos. Todos ellos habían sido arrebatados de su tierra, de sus familias, de sus vidas, aspiraciones y sueños. Los grilletes y las pesadas cadenas que debían cargar mientras eran llevados al trabajo, habían hecho surcos en sus gruesas muñecas y tobillos; los golpes de varillas y látigos marcaron sus espaldas y torsos, quedando hendiduras con formas de caminos, culebras y senderos que recorrían toda su humanidad. Pero la más profunda e insondable marca que tenían aquellos esperpentos humanos era la amargura; como un sabor agrio que subía desde el estómago o el corazón y se aglutinaba en la boca, esta no les permitía vivir en paz, no les dejaba disfrutar ni un solo momento, ni siquiera durante las cuatro o cinco horas en que podían dar descanso a su cansado cuerpo durante las vigencias de la noche, cuando los amos dormían. Ni la más tierna evocación del pasado en forma de cánticos y endechas nostálgicas que al ritmo del tambor dibujaban las estepas de su tierra abandonada, su patria lejana, su país de infancia o de los

dulces rostros de sus padres, esposas e hijos, podía endulzar ese áspero néctar que bebían día a día, noche a noche, semana a semana y año a año. De hecho, ni siquiera llevaban la cuenta del tiempo.

Algunos decían que habían pasado cuarenta y dos meses, es decir, tres años y medio. Otros decían que más y algunos que menos; no había consenso en mediciones temporales solo en que ya había sido suficiente, que ya era hora de terminar con ese estado calamitoso, con ese orden aplastante que los estaba llevando a la tumba de manera anticipada aún en el cenit de sus vidas. Pero no tenían fuerzas, se sentían cansados por la dura faena que comenzaba desde antes de salir el sol y que terminaba una vez que ya se había puesto el astro rey. Miraban sus manos cansadas, lastimadas y endurecidas a causa de las picotas, palas y azadones que utilizaban para sacar el algodón, el tabaco y la caña de azúcar, sintiéndose indefensos y vulnerables, sin fuerzas para poder combatir o, lo que es peor, soñar con la fuga. Un sueño de fuga imposible sofocado por el calor húmedo del clima subtropical de Louisiana, inhibido por la intimidación de los amos blancos que se paseaban a caballo por medio de las plantaciones, asfixiado por la ausencia de esperanza y la muerte en vida. Porque cuando un hombre pierde su capacidad de soñar ha perdido su capacidad de vivir, o al menos así murmuraban constantemente los más ancianos que aun lograban sobrevivir. Y los sueños son parte de la realidad y esta se confunde en ellos en una danza frenética que no tiene fin.

Bevryder había llegado a la plantación desde hacía poco tiempo; un corte le atravesaba todo el hemisferio derecho del rostro, desde la ceja hasta el mentón, además de tener las marcas comunes producto de los golpes de látigo que tendría que haber soportado de parte de barqueros y transportistas, al igual que todos los demás esclavos, menos yo. Su piel oscura resplandecía a la luz del sol y poseía un peculiar brillo a la luz de la luna; yo lo miraba con admiración y temor, una mezcla de asombro y espanto. Su estatura estaba sobre la media de los demás esclavos de la plantación; comparados con él, todos parecían débiles campesinos que fueron sacados de sus campos y arados para ser echados a la fuerza en barcos de esclavistas. En cambio él parecía un guerrero, un veterano de mil batallas. Al mirar sus ojos daba la impresión que había vivido setenta años o setenta vidas, no los casi treinta que de seguro habría de tener; tenía un aire serio, adusto, con una convicción que resulta solo de la seguridad absoluta sobre algo. Era un líder sin querer serlo. Todos lo miraban y admiraban. También lo respetaban, aún los capataces, incluso los sirvientes de la casa. Nadie sabía su procedencia; Mané decía que venía desde Sierra Leona, K'notó, en cambio, desde el Congo o de tierras más al sur. Nadie conocía si tenía familia, mujer o hijos. El primer día que llegó lo echaron al foso, un cajón cerrado que estaba justo en la mitad del patio exterior de la casa patronal. Allí estuvo expuesto por tres días al sofocante calor del día y al aire gélido de la noche, incomunicado, sin comida y solo con una cubeta de agua traída del pozo justo al medio día, cuando estaba tibia y con un olor nauseabundo. Dicen que lo mandaron allí por mirar a los ojos al amo cuando éste estaba haciendo la revisión de los nuevos esclavos llegados desde la feria del Condado de Greenbow. Dicen que por tal osadía el amo lo golpeó con la varilla en la cara y lo mandó al foso, para “apaciguarle el espíritu”, tal como siempre justifica sus golpes. Luego de eso hizo una breve oración por su alma, si es que acaso el negro no lograba sobrevivir al foso. El amo siempre se caracterizó por ser un hombre extremadamente piadoso. Dicen que mientras cerraban las puertas del cajón, Bevryder se rió de forma estruendosa, como si no tuviera miedo a la muerte, desafiándola. Desde ese momento y sin conocerle más, todos los esclavos le respetaron. No dejaba a nadie indiferente.

Éramos tan distintos, de mundos tan lejanos y extraños entre sí, pero de alguna forma nos parecíamos, nos conocíamos de otro tiempo, de otras edades, de otras vidas. No todo me hacía sentido pero, de una retorcida manera, sentía que lo conocía de un sueño, de una brisa pasajera y que todo lo que estaba viviendo no era más que un espejo de otra realidad surgente. Yo no era más que un simple mozo, un sirviente de la casa. Había nacido ahí, en la casona del capataz justo atrás de la casa de los amos. Mi madre era una negra sucia, así me dijeron desde niño, traída en un barco lleno de esclavos y ratas desde más allá del horizonte y que no había logrado resistir el parto. No sé quién era mi padre; una vez que pregunté me respondieron que había sido un negro que lo habían comprado barato en la feria anual de esclavos de Mississippi y que había muerto en el foso porque tenía la mirada desafiante o algo así. Otros me dijeron que murió apuñalado en una pelea de apuestas en Alabama, secuestrado por una comitiva india en la Bahía de Chesapeake, o que se había fugado hacia Virginia y de ahí más al norte, finalmente uniéndose, antes del comienzo de la guerra, a los *yankees*, malditos *yankees*, y a un batallón compuesto por libertos ignorantes que eran manipulados por los unionistas en contra de los confederados y de su honesta forma de vivir en el sur profundo, tierra de valientes. Aunque mama Tsonga, la sirvienta encargada de la cocina y la bodega de alimentos, una vez me dijo, susurrando, que yo era el bastardo del señor y que debido a eso éste tenía un trato diferente conmigo. Tenía diez años cuando me dijo eso y hasta el día de hoy, cuando ya han pasado casi quince, no he podido sacar de mi cabeza algunas conclusiones sacadas a partir de lo que dijo mama Tsonga pero, sobre todo, el sonido fétido de la palabra *bastardo*. Hoy, desde la distancia y la perspectiva, ato cabos sueltos: mi color de piel es levemente menos oscuro, mi pelo menos crespo y tengo un porte levemente más alto que el resto de los esclavos. Además de eso, el amo siempre ha tenido conmigo un trato distintivo del resto de los sirvientes, al punto que una vez me tocó el hombro en un gesto de aprobación tras llevarle una copa de vino a la biblioteca. Además, desde que yo era muy niño dio el encargo de que se me enseñase a leer, sumar y tocar el piano. Sumado a todo esto, mis labores eran bastante menos pesadas que las del resto, pero aún así me sentía un títere, una marioneta sin poder de decisión ni de acción para llevar a cabo su propio destino. Un esclavo glorificado a sirviente de casa, pero un esclavo a fin de cuentas.

Me levanto todos los días al alba, como por ejemplo hoy; llevo el desayuno a la señora, soportando sus malos tratos y burlas; luego debo supervisar las labores de los sembradores o cosechadores dependiendo de la temporada, haciendo la revisión y llevando a cabo la bitácora en el libro de cuentas; vuelvo a la casa, superviso las labores de servicio y de la cocina además de la limpieza de los urinales y cloacas, reviso los estantes de la bodega, las cuentas de la casa y otras labores menores hasta que ya esté bien entrada la noche, en un frenesí de locura rutinaria. El único tiempo de libre disposición que el amo me concedió desde hace un año consiste en una hora por la noche, tarde, una vez acabadas todas las actividades y antes de dormir. Ese momento lo he aprovechado para leer todo lo que pudiera en la biblioteca; he leído algunos clásicos grecorromanos, sobre todo aquellos preferidos por el amo y que tienen marcas en ciertas páginas seleccionadas, entre ellos Homero, Hesíodo y Virgilio.

Pero en las últimas semanas, saltándome a los antiguos, comencé a hojear algunas obras Shakespeare. Y el diálogo entre Casio y Bruto sobre la muerte de César, me dio una bofetada: “*los hombres son a veces dueños de su destino, / y no culpemos a la mala estrella de nuestras faltas*”. Yo no era dueño de mi destino y ni siquiera conozco las estrellas, ya sean estas buenas o malas. Mis sentidos se alteran debido a estas líneas. El sudor de mi frente se

confunde con el de mi pecho; suelto el libro porque sus gritos me aterran, alteran mi estabilidad y simpleza cotidiana. No soy de hacerme muchas preguntas ni de alterarme, pero el texto de Shakespeare me produce vahido, confusión y desasosiego. Las gotas de sudor en mi frente se vuelven cada más densas y caen por mi rostro y cuello hasta humedecer la camisa; escucho ruidos en el patio, silbidos y gritos en el idioma de los esclavos. Deben estar de fiesta celebrando a alguna de esas divinidades a las cuales, de vez en cuando, cantan y bailan una vez que los amos y capataces se han ido. Tomo otra vez a Shakespeare, *Hamlet*, específicamente, y reviso la marca que tenía puesta el amo en una de las páginas centrales; la miro con perplejidad y me doy cuenta de que varias veces la he escuchado ser declamada tanto por el mismo amo como por la señorita Spencer, la institutriz de sus hijos menores. Entre el sudor que recorre mi cuerpo, la sensación de náuseas y el ruido del patio, siento que en cualquier momento voy a caer desmayado al suelo en un ataque febril ; intento tomar fuerzas, me afirmo en el escritorio del amo y leo en voz alta: “*Ser o no ser, de eso se trata: / si para nuestro espíritu es más noble sufrir / las pedradas y dardos de la atroz fortuna / o levantarse en armas contra un mar de aflicciones / y oponiéndose a ellas darles fin*”. La sensación febril se apodera de mi cuerpo y siento que pierdo las fuerzas en mis brazos; el sudor se ha vuelto un mar de agua salada caliente que recorre el pecho y la espalda; afuera el ruido se hace más fuerte e irresistible, al punto de que el sonido del tambor se confunde con los latidos de mi corazón y el palpitarse de una arteria central del cuello que está a punto de estallar como si fuera una manguera torcida. Como si un volcán apostado en mi pecho estuviera a punto de hacer erupción y expulsar todo aquello que enferma y que hace perder los sentidos. ¿Será que Shakespeare me está hablando y me quiere decir algo? ¿Me estará diciendo que debo levantarme en armas contra aquella sensación que me acongoja, que me aprisiona y esclaviza a la rutina? ¿O será que puede ser mejor sufrir el agravio, soportar las aflicciones de esta cruel vida de esclavo y mozo de casa? Mis piernas tiemblan, siento que desfallezco y en un intento por recomponerme para seguir leyendo el desenlace, caigo fatigado sobre el sillón de lectura del amo; pienso en la libertad, aquel concepto que poco conozco, en que nunca seré libre hasta que me levante de aquí, deje la lectura, tome mis cosas y me pierda en medio de la oscuridad por entre los robles y magnolias que demarcaban el camino a la casa patronal. La música se hace cada más estridente, las velas que iluminaban la biblioteca se apagan de súbito y en medio de la penumbra, al borde del marco de la puerta, veo una silueta que camina hacia mí. El temor me invade pero mis miembros están tan entumecidos que no reaccionan, no puedo moverme, no puedo hacer nada más que esperar el destino que me acecha; cierro mis ojos por un segundo y al abrirlos, una figura alta y corpulenta está frente a mí, tan cerca que puedo sentir su pesada respiración sobre mi cara. Entre la luz de la luna que se cuela por la ventana, puedo ver de quien se trata; me mira a los ojos y con una expresión aterradora me susurra: “¡Libertad a los esclavos!”. Con espanto y resignación, noto que Bevryder saca un puñal que clava violentamente sobre mi pecho una, dos, tres veces.

Una, dos, tres veces mi hijo me remece para despertarme. “Papá, estás gritando, despierta”, me dice con sus ojitos negros azabache que solo puedo ver en las mañanas al desayuno. En ese momento lo comprendo: me ducharé, tomaré un café, conduciré al centro y una vez llegue al trabajo le diré a mi jefe: “Muchas gracias por todo, renuncio”. Nada más.

El día que abrí la puerta

José Tomás Abud

Mención honrosa cuentos 2018

Suena el timbre de la casa, se escucha la puerta abrir junto a unos pasos y alguien que toca la puerta de Franco.

Doctor: Te propongo algo, esta vez hablemos de lo que tú quieras hablar. No va a ser muy largo, si quieres evitar un tema simplemente no lo mencionas.

Franco: Supongo que tendré que abrirte.

(El doctor se sienta en la cama, mira a la empleada para que se retire del marco de la puerta y espera pacientemente a que Franco hable)

Franco: No sé qué contarle a usted. Sinceramente creo que no tenemos nada en común. Ya hablamos suficiente de mi mamá con sus obsesiones. De mi papá también, para mí él ya no es tema, nunca lo fue.

Doctor: (El doctor se toma un tiempo, camina en círculos por la pieza y exclama de manera suave) Ya veo. ¿A qué te refieres con que tu padre ya no es tema?

Franco: Él se fue para siempre.

Doctor: Tengo entendido que desapareció por temas políticos.

Franco: Pudo haber sido por muchas razones, pero desapareció igual.

Doctor: Tienes razón, ya hemos hablado mucho de ese tema. Prácticamente todas nuestras conversaciones han girado en torno a tu padre. Mejor hagamos lo que te propuse hace un momento, hablemos de lo que tú quieras.

Franco: Tengo más claro de lo que no quiero hablar. Por favor no hablemos más de mi futuro, entiendo que debería estudiar y que estar encerrado aquí me hace mal, pero todavía no estoy preparado para salir.

Doctor: Perfecto, entonces no hablemos de eso. ¿Hay algo que me quieras decir? Lo que sea.

Franco: Se me ocurre algo que me ha pasado este último tiempo.

Doctor: Puedes confiar en mí.

Franco: Es que si le digo va pensar que estoy más loco que antes.

Doctor: Nunca he creído que estás loco.

Franco: Sí claro... En fin, le voy a contar porque no tengo a nadie más con quién comentarlo.

El tema es qué últimamente me he sentido observado.

Doctor: ¿En qué sentido?

Franco: He sentido que a mí y mi madre nos espían. Usted ha visto mi departamento, todas las ventanas dan a la Calle Carrera, si usted mira ahora por la ventana hay varios edificios que pueden ver todo lo que hacemos.

Doctor: ¿Por qué crees que los espian?

Franco: No sé, pero estoy seguro de ello. Mire lo invito a que mire por a la ventana que está en ese edificio. Si se queda el suficiente tiempo verá un sujeto que se sienta y simplemente observa.

Doctor: Me parece fascinante. Muéstrame bien esa ventana.

Franco: Mirela bien, justo ahora no hay nadie. En mi tiempo libre he calculado la ubicación del departamento, según mis cálculos la dirección es Carrera 3500 y el piso es el octavo.

Doctor: Es una buena deducción, bastante precisa.

Franco: He anotado todas las veces que veo al hombre, tengo un registro de todos los horarios en que aparece. Lo hace una vez al día.

Doctor: ¿Qué apariencia física tiene ese hombre?

Franco: No lo sé, se ve viejo. Es difícil poder observar con detalle, siempre está oscuro y es lejos.

Doctor: Todos tus registros son en la noche, eso es interesante. ¿No has pensado en que puede ser simplemente un hombre cansado que ha llegado de trabajar?

Franco: Claro que sí, pero no tendría sentido. Porque siempre mira en esta dirección y solo cuando se apaga la última luz de mi casa el apaga la suya.

Doctor: Dime algo, ¿Qué sensaciones te produce eso? ¿Miedo?

Franco: No me da miedo. Solo me da curiosidad. ¿Qué ve ese hombre de interesante en nosotros?

Doctor: Una nunca sabe, algunos buscan cariño, otros fantasean con la vida de otros, algunos simplemente miran. No hay una receta única en esto.

Franco: Es raro no tener ningún vínculo o nada en común con alguien y que me observe. De alguna forma termina conociendo una parte de mí.

Doctor: Como yo.

Franco: (Mira al Doctor intrigado) No entiendo.

Doctor: El tema, a diferencia de lo que tú piensas, es que yo sí creo que tenemos cosas en común. Cosas independientes de la terapia.

Franco: ¿Qué tiene que ver las cosas en comunes con todo esto?

Doctor: Cuando entré me dijiste que no teníamos nada en común y me quedó dando vueltas. Si lo miras de esa manera entonces ¿Qué diferencia tengo yo con el hombre que te mira en las noches?

Franco: Es distinto, yo con usted por lo menos he hablado.

Doctor: Pero aún así crees que no existe vínculo entre nosotros.

Franco: Creo eso, porque usted viene a trabajar acá. Yo soy su fuente de trabajo, no soy muy distinto a un objeto. El único motivo por el que viene es porque recibe dinero por esto. Si no existiera esta profesión no vendría nadie. ¿Me entiende?

Doctor: ¿Entonces te gusta que venga?

Franco: (Franco desvía la mirada y se tarda unos segundos) La verdad es que no.

Doctor: Supuse que no te gustaba. ¿Te gustaría que no venga más?

Franco: La verdad es que pierdo tiempo con todo esto. A veces termino cansado y de mala gana, no creo que me este ayudando esto.

Doctor: Te entiendo completamente. Te propongo que hagamos una apuesta, si encuentro un aspecto que tengamos en común que sea independiente de esta terapia yo gano, si no encuentro nada entonces ganas tú.

Franco: (Franco exclama dubitativo) Me parece lo de la apuesta. ¿Qué estamos apostando?

Doctor: Si ganas, nunca más vuelvo, le digo a tu madre que tú tienes razón y puedes vivir en paz. Pero, si pierdes me vas a acompañar un día completo.

Franco: ¿Acaso estás loco? Pero si tú eres un psiquiatra, trabajas con puros dementes.

Doctor: En eso te equivocas.

Franco: Se lo que es un psiquiatra y en lo que trabajan, además mi mama me contó en lo que usted se especializa.

Doctor: ¿Acaso tú sientes que estás demente?

Franco: Claro que no.

Doctor: Entonces no es tan cierto lo que tú madre te dijo.

Franco: Bueno, pero debe haber entremedio gente que tiene algún grado de locura.

Doctor: Claro, en todas las partes del mundo hay uno que otro loquito. En todo caso nunca dije que irías a trabajar conmigo, te dije que me acompañarías un día completo.

(El doctor hace una pausa y espera desinteresadamente la respuesta de Franco)

Franco: Acepto. Sé el truco que me estás haciendo, pero en todas estas sesiones no hemos conversado más que hoy día, de hecho, creo saber mucho mas de ti que tu de mí .

Doctor: (el Doctor se para en dirección a la puerta) Perfecto, la próxima sesión nos sentaremos y te diré todo lo que tenemos en común.

Franco: ¿Doctor le puedo decir algo sin que se enoje? ¿Por qué siempre usted está arrancando o apurado?

Doctor: Soy un hombre ocupado.

Franco: Mire, usted ya está acá. Siéntese y terminamos con esto de una vez.

Doctor: Una vez escuche la frase “Si eres bueno en algo nunca lo hagas de la forma gratuita”. La verdad es que al principio no me hacía mucho sentido, pero ahora que la he ido aplicando me ha dado buenos resultados.

Franco: (Franco lo mira fijo y luego exclama como si se hubiese iluminado) Eso lo dijo el Joker en Batman.

Doctor: ¿Estás seguro? De todas formas, yo soy más seguidor de Jack Nicholson como Joker.

Franco: (Indignado) Pff, Heath Ledger dejó su vida en ese papel, de hecho, muchas de las escenas de “Batman: el caballero de la noche” son improvisadas por él, como si el personaje se hubiese apoderado de Ledger.

Doctor: (El doctor se sienta entusiasmado) Leí que las causas de su muerte son inciertas, incluso se encontró un diario de vida del actor en que en algunos pasajes hablaba como si fuese el Joker.

Franco: Incluso murió antes de terminar la película, algo raro pasó ahí.

Doctor: Quizás tienes razón. Ledger pudo haber sido mejor que Nicholson, el dejó la vida en ese papel.

Franco: ¿No ve que tengo razón Doc?

Doctor: Sí, en algunas cosas. (El doctor apunta al otro extremo de la pieza en donde había un poster de Batman). Pero en otras cosas no tienes razón, a veces las cosas que unen a las personas son las mas inverosímiles.

Preocúpate de abrigarte la proxima semana, creo que habrá tormenta (el doctor se para, deja un sobre arriba del escritorio de Franco y camina hacia la salida).

Franco: (Abre el sobre y lee en voz alta) Alguien lleva años buscándote, alguien que nunca desapareció de tu vida. La dirección es Carrera 3550 departamento 803.

El sacrificio

Andrés Salas

Primer lugar cuentos 2017

Heridas por volcanes y géiseres, las tierras humeantes de Arnarson, en los márgenes del círculo polar ártico, vibraban al son de la marcha de los soldados.

Por décadas, las familias regentes en los pueblos del Este y del Oeste, habían disputado el dominio comercial e ideológico del territorio. Distantes entre sí por mares y montañas, pequeñas reyertas en las regiones fronterizas, propiciadas por el contrabando y el fanatismo, fueron inflamando, lentamente, la desconfianza mutua. Ni los heraldos ni las delegaciones serían suficientes, y la guerra estaba declarada.

De mutuo acuerdo, ambos pueblos habían decidido luchar sin tregua y someterse a idénticas reglas. En la región neutral de Reykjavíkurborg, levantarían sus campamentos militares: sendos cuadrangulares fortificados por murallas y bastiones, capaces de albergar un convoy de tiendas para satisfacer, en cada caso, las necesidades del ejército, y cuyas entradas principales, flanqueadas por las barracas de los soldados, cubrirían el acceso a los aposentos de la monarquía.

La misión de las reinas, en su rol de consejeras del Alto Mando, sería proteger a los reyes. Llegado el momento, cada una, en la medida de su sabiduría, sugeriría la estrategia para movilizar las fuerzas, y evaluando el número y la potencia del enemigo, trazaría un plan para balancear los poderes a lo largo de la zona de batalla. Además, conforme a su propio grado de determinación, arengarían a los hombres en las plazas de armas, infundiéndoles coraje y exhortándoles a no subestimar al oponente.

Cierto día, el vigía apostado en la atalaya poniente, situada en lo alto de una de las estribaciones montañosas, divisó a un batallón de infantería aproximarse a paso raudo. Liderados por el legendario comandante Staunton, el pueblo del Oeste iniciaba al fin su campaña militar.

La reina del Este instó a avanzar un batallón seguido de otro, con la caballería y la maquinaria de asedio a la retaguardia. Además, ordenó que el obispo Tartakower, de la diócesis sur, partiease acompañado de una comitiva de soldados de élite disfrazados de mercaderes, con el propósito doble de recabar información y asestar un golpe táctico o por sorpresa.

En el fragor de la lucha, los días se transformaron en semanas y éstas en meses. Fue entonces que la reina del Oeste, cominada a doblegar el poder enemigo, sugirió sacrificar un destacamento, enviándolo a un puesto de avanzada considerado de alto riesgo. Aprobada su moción, mandó reunir a los soldados de menor rango, prometiéndoles un legado honroso y una prebenda para sus familias de carácter vitalicio.

El coraje de aquellos hombres sellaría el destino de la guerra. La reina del Este, declinando entrar en una nueva contienda directa, prefirió continuar adentrándose en dirección al rey enemigo. Sus tropas, cada vez más aisladas, sin el apoyo del cuerpo de caballería, y con los trabuquetes entorpecidos por las condiciones abruptas del terreno, fueron inevitablemente capturadas.

Al límite de sus fuerzas y herida de gravedad, rematando a quienes caían bajo las espadas de la Guardia de Palacio, último cuerpo defensivo, la reina del Este finalmente sucumbió. El rey, encontrándose solo y sin posibilidad de escape, se enfrentaba ahora con su muerte.

Boris Spassky, defensor del título mundial de ajedrez por la Unión Soviética, estrechó en ese instante la mano de su retador, el estadounidense Robert Fisher, en señal de rendición. El público del *Laugardalshöll* estalló en vítores, y el jugador ruso, haciendo gala de su caballerosidad y espíritu deportivo, se sumó a los aplausos en reconocimiento de la potencia de su rival. Concluía así el sexto juego del “match del siglo”, celebrado durante el verano de 1972 en Reikiavik, Islandia. No sólo una partida más entre hombres provenientes de mundos opuestos, sino el fin de casi cinco lustros de hegemonía intelectual soviética sobre el tablero, en los temerosos años de la Guerra Fría.

El bailarín de Orlando

Manuela Ponce

Mención Honrosa Cuentos 2017

La primera vez que vi a Omar fue cuando visité el Starbucks de Target Store. Yo venía saliendo de mis clases de biología y había tenido un día muy ocupado en la universidad. Ya había tenido seis horas de clases y aún debía reunirme con un amigo para seguir estudiando para los exámenes que estaban por venir.

Iba de camino a la casa de mi amigo cuando crucé enfrente del café y decidí pasar a comprar unos capuccinos y unos rollos de canela para ambos. Ahí fue cuando lo vi. Él estaba atendiendo la barra, concentrado y muy tranquilo mientras preparaba las bebidas para los universitarios, los jóvenes trabajadores y los intelectuales que llenaban el lugar con un ambiente bohemio y sofisticado.

En un primer momento me incomodé, raramente me gustaba alguien así, tan rápido y de golpe. Pero no quise perder mi oportunidad y me apresuré a hacer mi pedido para que él me entregara las cosas y me llamara por mi nombre. Podría ser un gran chance, pensé. Y lo hice. Movía mis delgadas piernas ansiosamente mientras esperaba en la fila y lo miraba fijamente. La verdad, es que en ese momento no me interesaba ni el café ni los rollos de canela, sólo quería que él me las entregara y me mirara como yo lo miraba. Moreno, tenía una piel mate realmente sugerente que combinaba a la perfección con el delantal verde de la tienda que llevaba puesto. Sus rasgos latinos acentuados y su pelo rasurado por los lados me tenían pasmado.

- ¡Alexander! – gritó, sin siquiera haberme mirado.

- Aquí estoy – le dije, mientras me acercaba tembloroso y asustado.

Esa vez fue la primera vez que charlamos. Me acerqué a buscar mis cosas y lo miré directamente a los ojos. Creo que él también lo sintió, esa chispa que yo había sentido cuando entré a la tienda. Me entregó mis compras, me sonrió dulcemente y dijo “*Que tengas un buen día Alexander*”. Y sutilmente me rozó la mano. No sé si habrá sido una casualidad o no, pero a esas alturas mi emoción era demasiado grande y poco me importaba si había sido un coqueteo o simplemente una cortesía.

Pasaron meses para que lo volviera a ver. Luego de aquel encuentro fortuito siempre lo recordé, pero no me había atrevido a volver al café, era demasiado tímido como para hacerlo y realmente me gustaba.

A mis 20 años recién cumplidos, nadie en mi familia o en mi círculo cercano sabía que yo era gay. Ni lo sospechaban. Siempre había sido demasiado correcto y, aparentemente, conservador en mis decisiones. Pero desde que me había mudado a Florida para estudiar medicina, había conocido muchas personas como yo. Estaba atreviendo a abrirme a la bandera de colores, a los escenarios underground y a las fiestas oscuras y descontroladas.

La segunda vez que lo vi, había ido con un grupo de amigos a Pulse, una discoteca en Orlando. Era la primera vez que entraba a una fiesta exclusivamente homosexual y todo me sorprendía. El lugar tenía muy poca iluminación y realmente era un ambiente que invitaba a

hacer cosas en la negrura de sus rincones. Lleno de pasillos, cuartos oscuros para las invitaciones indecorosas y una que otras luces de fiesta, todos se paseaban borrachos y estimulados con sus tragos en la mano. Todos con las vestimentas más extravagantes que había visto. La pista de baile dejaba ver todo tipo de cosas, personajes excéntricos, drogas en todos lados y besuecos comunitarios. Mientras en el fondo brillaban los shows con cantantes, bailarines y famosos.

No me sentía muy cómodo ahí y tenía pensado marcharme cuando volví a verlo. Quedé bloqueado. Él se veía tan popular, hablaba con todo el mundo y se movía delicadamente como un verdadero bailarín. "Y yo vestido como para ir a la iglesia", pensé. Decidí no irme. No podía irme si él estaba ahí, frente a mi nariz. Me dediqué toda la noche a observarlo, sentado en la barra. Decliné varias invitaciones a bailar e, incluso, al famoso cuarto oscuro. No me interesaba nadie más que el sudamericano que bailaba en el centro de la pista y era el foco de atención para todos. Ese día no me vio. Tampoco las siguientes veces que fui. Pero en cada una de mis visitas me dediqué a hacer un análisis profundo sobre él, quería saber quién era, qué hacía, qué le gustaba. Pero hablarle jamás había sido una opción para mí. Comencé a averiguar con amigos de amigos sobre él. Algo que no era tan difícil, ya que era una figura muy reconocida en el ambiente. Y así, poco a poco, me fui enterando quién era Luis Omar Ocasio. "Rayo de sol", le decían algunos.

Omar se había criado en una familia de Nashville y había salido del clóset hacia varios años. Con sus 18 años recién cumplidos y con el apoyo de sus padres, había decidido trasladarse a Orlando para dedicarse a la actuación y al baile, sus dos pasiones más grandes. Bailaba desde el 2003, decía la gente, y no me sorprendía. Era un profesional en la pista. Pero nunca nadie me mencionó que trabajaba en Starbucks. Quizá era demasiado reconocido y sofisticado como para que los demás supieran eso de él. Quizá era su secreto más bien guardado. Y sólo yo lo sabía.

A medida que pasaba el tiempo, yo me adentraba más en la vida nocturna y el mundo gay. Comenzaba a vestirme diferente, más atrevido y colorido. Salía sin mis lentes ópticos para que sobresalieran mis ojos verdes y me preocupaba de hacer el ritual que todos hacían al entrar a cualquier fiesta, mostrarme. Por fin mis noches de espectador se habían acabado y ya estaba listo para entrar al juego. Reconocía a las personas de siempre en las fiestas y también notaba al público que iba cambiando. Me sabía todos los grupos de memoria: las divas que aparecían en todas las fotos, los niños solicitados por los más viejos - donde me encontraba yo - y las personas respetadas, las con nombre. Donde estaba Omar.

El día de mi conquista me arreglé lo más que pude. Incluso me puse un poco de colorete en la cara y gel en el pelo. Tenía que verme bien. Ya sabía que cuando Omar llegaba a la disco, jamás hacía fila. Era amigo de los dueños y los guardias lo dejaban pasar a pesar de lo veían. Luego se iba a la barra para obtener el primero de los mil y un tragos gratis que le ofrecían en el club y luego se iría a hacer su escandaloso espectáculo de baile. Yo esperé un rato, hice la fila tranquilamente y cuando entré, desplegué todas mis estrategias y conocimientos aprendidos tras meses de observación. Apenas puse un pie en el ambiente negro, hice el clásico paseo de evaluación social. Me paseé distinguidamente por los pasillos, dejé que todos me observaran, me hice notar y fui foco de las miradas de todos. Pero yo sólo buscaba una.

Me dirigí a la barra, esta vez exponiéndome, y esperé. Algo me decía que Omar se iba a acercar. Y, mientras yo lo buscaba en la pista, donde siempre estaba, sentí el peso de unos ojos en mis hombros. Giré para mirar y me tropecé con sus bellos ojos cafés. Había estado esperando mucho tiempo para este momento y aunque había llegado con toda la seguridad

del mundo, no pude evitar ponerme nervioso. Él no me quitaba los ojos de encima y se acercaba lentamente a mí. "Tranquilo Alexander, relájate", pensaba. Pero sólo quería vomitar.

- Te conozco – dijo Omar- Nosotros nos hemos visto en algún lugar.

- ¿A sí? –le respondí mientras disimulaba el temblor de mis piernas- ¿Y dónde?

- La verdad es que no lo sé. Pero te he estado mirando hace mucho rato y quisiera invitarte un trago. ¿Aceptarías?

Así fue como comenzamos a hablar y a seducirnos. Yo estaba cumpliendo mi sueño e intentaba parecer desinteresado y misterioso, pero por dentro sólo quería abalanzarme y darle un beso. Charlamos toda la noche. Hablamos de nuestras vidas, nuestros sueños. Me contó sobre el baile, la música y el teatro. Yo le hablé de la medicina, los libros y el amor.

Ya cerca de la madrugada, decidí comentarlo lo del café, aunque desconocía como sería su reacción ante ello.

- Creo que ya sé de donde nos conocemos.

- ¿De dónde? ¿De otra vida? – dijo él mientras me sonreía coquetamente con la bombilla del vaso en su boca.

- ¿Tú no trabajas en el Starbucks de Target Store?

En ese momento, Omar se puso serio. Yo pensé que había echado todo a perder y que mi Rayo de Sol se iría indignado, pero no lo hizo. "Sí. Trabajo ahí para pagar mis estudios y volverme la próxima estrella de Hollywood", me dijo. Yo no lo dudaba. Y me dijo: "Yo si te recuerdo. Llevaste dos capuccinos y dos rollos de canela. No te olvidé".

Esa noche bailamos sin parar, andábamos de la mano por todo el club y a él no le importaba que nadie me conociera. Me abrazaba, me daba besos y me acariciaba. Yo, realmente, sentía que toda mi vida tenía sentido.

- Alex. Necesito que me des tu número. Nos tenemos que volver a encontrar. Sentí algo muy especial contigo, tengo que verte de nuevo.

Fue lo último que me dijo. Le di mi teléfono y quedamos de volver a reunirnos en Pulse el sábado que venía. Nos despedimos y cada uno siguió con su vida durante la semana. Nos mandamos mensajes todos los días. Él me mandaba fotos trabajando en Starbucks, yo le enviaba fotos en la universidad. Hablábamos sin parar y llenábamos nuestro Whatsapp de besos y corazones. Todo iba tan bien.

El día en que nos íbamos a juntar, llegaron mis padres de sorpresa a visitarme. Creo que en ese momento de verdad los odié. Habían mutilado todos mis planes con Omar. Intenté hacer lo posible para poder salir, pero mi mamá se encargó de especificar, reiteradas veces, mi condición: "Alexander no va a salir. Nunca venimos. Por supuesto que se va a quedar acá". Estaba tan enojado en ese momento que, apenas tuve la oportunidad, me encerré en mi pieza. En pleno arrebato de ira lancé mi celular al piso y rompé la pantalla entera. Para colmo, ni siquiera podría avisarle a Omar que no podría ir a nuestra cita. Aquella noche hice el esfuerzo de mostrarme agradecido con mis padres. Fuimos a comer y a ver una película. Nos dormimos temprano. Pero cuando desperté en la mañana y me conecté a Facebook para hablar con Omar y explicarle, vi que mi buzón estaba lleno de mensajes.

Algo había pasado en Pulse la noche anterior. "Prende la tele", me decían mis amigos.

En la madrugada del domingo 12 de junio del 2016, un trastornado psicópata había entrado al bar gay Pulse, en Orlando, Florida y había asesinado a cincuenta personas, otras cincuenta heridas. Yo miraba la tele y rezaba para que Omar se hubiera salvado. No podía ser tan injusta la vida en estos momentos, ni con él, ni conmigo. Pero ya habían identificado a tres muertos a primera hora de la mañana. Yo no quería escuchar. No quería ver. Pero lo dijeron.

- Luis Omar Ocasio, de 20 años, confirmado.

No se dio cuenta de la masacre, decían, porque fue el primero en recibir un balazo, en plena pista de baile. Murió bailando, decían. “El bailarín de Orlando”, decían.

El Bosque

Maximiliano Osorio

Primero Lugar Cuentos 2016

“Papá, tienes que volver...”

Con los ojos cerrados, aspiró profundamente el helado aire montés de aquella mañana. Dejó que le inundara despacio los pulmones antes de soltarlo en un largo suspiro que transmutó en vapor al contacto con la intemperie. Lo que más le gustaba era la pureza de ese aire, lleno de las exquisitas fragancias naturales que la falda de la montaña tenía para ofrecerle. El olor penetrante del coihue se mezclaba con el del ciprés y con un leve toque de los fragantes helechos, a lo que se sumaba el tenue aroma de la humedad de las rocas, resaltado por los musgos frondosos que crecían en las cortezas. Olor a vida. Sus dedos acariciaban dulcemente la caña que, desde hacía poco menos de una hora, aún no salía de su letargo, sobresaltada por algún desprevenido pez que había confundido la mortífera trampa con algo de alimento, presa no del ingenio del hombre, sino de su propia naturaleza rutinaria. A la distancia se oyó el canto de un pájaro y una brisa suave meció el bote, provocando un sordo quejido de la madera. Salvo aquella breve interrupción, todo siguió igual de calmo. “¿Aunque no es este mismo viento, viento que acaricia y renueva, parte misma de la paz que todo lo abraza?”

Siempre había sentido una extraña fascinación por el bosque. Cuando entró a trabajar en una gran empresa, se prometió que apenas lograra juntar el dinero necesario, se marcharía de la ciudad y compraría una cabaña en el sur, desconectándose de la aplastante civilización, nutriéndose del catálogo que la naturaleza le ofrecía. En un seminario conoció a una cautivante joven con quien años más tarde se casó. La hizo partícipe de su proyecto y juntos lograron darle una nueva perspectiva al futuro: la de una familia. Pero quiso el travieso e impredecible destino que ella abandonara el mundo terreno al dar a luz a su hijo. Se halló de pronto solo y con un niño al que mantener por un lado y con su proyecto del bosque por el otro. El reciente fallecimiento de su esposa lo impulsó a elegir sin miramientos a su hijo, por lo que abandonó su sueño de trasladarse a los bosques sureños.

Con los párpados aún abajo, sonrió al comparar lo que sus sentidos captaban ahora, una sensación de frescura y calmo orden, con el caos de la ciudad en la que había residido hacía apenas tres años. Sentado en la banca, algo amodorrado por el vaivén del bote, se convencía una vez más de que había sido eso, el olor denso de la fritura de los restaurantes de comida rápida, el humo fétido de los autobuses y los tubos de escape, la amarga fragancia de las fábricas, el ruido de los autos y sus incessantes bocinas, el coro de voces en conversaciones superfluas, el constante pitido de las máquinas de fax y de las computadoras, los ladridos de los perros, los llantos de los niños que hacían un berrinche por no poder tener el último modelo de una videoconsola, por la negativa de la madre ante la petición de una barra de

chocolate... En fin, todo aquello había contribuido a que se pusiera malo y hubiese tenido que acabar en el hospital para reponerse.

Había empezado como una migraña común, nada que una aspirina no pudiese arreglar. Pero cuando se levantó de su sillón para ir en busca de una taza de té y el mundo se oscureció y giró sobre su eje como un torbellino, arrastrándolo consigo hasta el piso de madera brillante que tanto se esmeraba en mantener siempre lustroso, fue que se dio cuenta de que había algo más. Por suerte su hijo se hallaba con él en ese momento y logró trasladarlo hasta el hospital en donde lo sometieron a una serie de extenuantes exámenes. Por fin, se le asignó una habitación y se lo dejó descansar. Pero el diagnóstico no era de lo más alentador. No era entendido en materias médicas, por lo que no comprendió cabalmente lo que el doctor le había dicho, pero sí logró captar que algo estaba mal en su cerebro. Y sus conocimientos bastaban para saber que eso no era bueno.

De allí en adelante, las cosas empeoraron. Constantemente lo aquejaban agudas jaquecas y más de una vez tuvo episodios de violenta convulsión en los que varios médicos debían intervenir para estabilizarlo. Su hijo venía a visitarlo, lo ponía al día respecto a su vida, conversaba un rato con él sobre las noticias del mundo y luego se retiraba para hablar con el doctor.

Conforme pasaban los días, se sentía cada vez más inquieto. Los ataques y los medicamentos lo extenuaban al punto de que dormía casi la mayor parte del día. Las veces que estaba despierto, se encontraba con las deprimentes paredes blancas de su habitación que parecían engullirlo en sus aristas, sofocándolo. Solo las visitas de su hijo lo ayudaban a distraerse. Las conversaciones habían evolucionado hasta el punto en que se limitaban casi exclusivamente a hablar de los viejos tiempos, recordando anécdotas y especulando sobre algunas posibilidades que no fueron. Porque es esa la sustancia de que se compone el pasado, los recuerdos de lo que fue y las conjeturas de lo que podría haber sido. Fue en estas conversaciones donde, como una idea primera, una fantasía que lo mantenía con la mente ocupada, desconectándolo por unos breves momentos de la realidad, comenzó a volver el fantasma de ese bosque mágico que había abandonado por su hijo hacía ya tantos años. Pero con cada día que pasaba, en que se encontraba mirando nuevamente los lúgubres muros blancos, la semilla del anhelo comenzó a germinar.

Los días se convirtieron en meses. Las visitas de su hijo eran menos frecuentes y tendían a ser monótonas y breves. Rutinarias. Había llegado a un punto muerto en la situación que le había cambiado el mundo, una suerte de equilibrio en esta semivida que llevaba en el hospital. Un día volvió a sufrir un episodio, más agresivo que los anteriores. Tuvieron que conectarlo a una máquina para estabilizarlo. Esa noche soñó con su esposa. Era tan solo una imagen de ella sonriéndole, acariciada levemente por los rayos del sol que iluminaban una de sus mejillas. Al día siguiente, lo comprendió. "Voy a morir. Estos ataques, las máquinas, las drogas... no hay salida. ¿Cuánto más podré resistir? Estoy muy cansado, he luchado tanto. Es el final del camino. Moriré aquí, en esta cama apesada, rodeado de estas cuatro paredes... A menos..."

El ataque y el sueño habían sido el ingrediente final de lo que se había estado cocinando en su interior. Era eso, o continuar este statu quo miserable. La elección era obvia. Un par de días después, envidiando a los sujetos de las películas que lo hacían parecer tan fácil, se quitó todas las agujas que lo ataban a la cama, desconectó la máquina, juntó su ropa y, sin más, se largó. Bastaron unas cuantas horas para que su hijo comenzara a llamarlo.

-Papá, no hagas esto. No puedes irte así.

-Lo siento – respondió él. – Pero no moriré allí. Toda mi vida he soñado con el bosque. Y si este es el final, pues entonces es allí en donde tiene que ocurrir.

Estaba en su casa, con un bolso listo con lo imprescindible. Antes de salir, notó la fotografía de su esposa en la mesita de la entrada. Sonrió sin saber bien por qué y se marchó para no volver.

Hacía ya tres años de aquello. Había encontrado una cómoda cabaña de madera a las orillas de un lago que daba a un bosque por un lado y a una enorme mole montañosa al otro. Desde entonces, su vida había sido lo que siempre había soñado: una perpetua conexión con la naturaleza en un ambiente de armonía y tranquilidad. Se levantaba con los primeros rayos del sol y se dedicaba toda la mañana a pescar en el lago o a recolectar frutos y setas en el bosque. Por las tardes cortaba leña que almacenaba en un cobertizo a un lado de la casa o se dedicaba a leer mirando el atardecer. A veces, asimismo, le gustaba caminar por la montaña por el puro gusto de hacerlo, deleitándose con la colorida flora silvestre y observando silenciosamente a alguna araña que, ajena a su presencia, se enfrascaba en armar una telaraña entre dos ramas, abstraída en cada detalle, tejiendo con esa minuciosidad cirujana que caracterizaba no solo al trabajo de esa araña, sino a toda la naturaleza que lo rodeaba. Era en momentos como ese, o cuando por las noches observaba las titilantes estrellas que salpicaban el firmamento, o cuando veía algún brote tierno de alguna planta surgir desde el cadáver en descomposición de un caído ciprés, que se terminaba por convencer de la existencia de un Algo superior, el Gran Tejido del macrocosmos cuya seda conectaba cada cosa de ese mágico e inmortal bosque, uniéndolo con cada llama de vida que perteneciera sus dominios. Y agradecía su posibilidad de estar allí, viviendo en perpetuo presente.

Se sentía en una burbuja, una fortaleza que lo aislabía de la ciudad y del tiempo mismo, atravesada únicamente por esporádicas llamadas de su hijo. Era siempre lo mismo, los “por favor vuelve”, “no puedes irte”, “te necesito aquí”, “tienes que volver” y sigue y sigue. Entendía el dolor de su hijo por su huida repentina. ¿Pero cómo podía volver ahora? Había soñado con esos momentos durante su vida entera y ahora, con la muerte acercándose inexorable, se sentía más vivo que nunca. Su hijo era ya un profesional exitoso y poco o nada podía hacer él. Estaba comprometido con una bella muchacha y se había mudado a un pequeño apartamento a las afueras de la ciudad. Y él había estado allí, a modo de desenlace de su rol paternal. “Desearía poder haber estado más tiempo, quizás conocer a mis futuros nietos. Pero estoy muriendo. Y pese a ello, estoy en paz. Hubiese querido compartir este sueño contigo, pero no tenemos control sobre las cosas que fueron. No te preocupes por mí. Te amo hijo.”

“Te amo, papá.”

Se incorporó bruscamente, saliendo del ensueño en el que había caído. Se obligó a levantar los párpados que cada vez le pesaban más y miró a su alrededor, pero solo vio el conocido paisaje del bosque. “¡Qué extraño! Juraría que...” Esa última frase salida de sus meditaciones se había oído muy cercano. Muy real. “Creo que no habrá pesca por hoy. Debo de haber dormido muy poco y el sueño me está afectando.” Retiró la caña de su posición y la dejó a un lado. Pensó en volver, pero luego se percató de que allí se estaba muy cómodo. Miró una vez más hacia la montaña que se alzaba imponente, un silencioso guardián custodiando el precioso tesoro que era el bosque. Por su cima, despuntaban los rayos del sol. Era una vista hermosa. Le dedicó un par de segundos más antes de acomodarse en la banca y cerrar los ojos, aspirando nuevamente el enriquecido aire natural, sonriendo mientras el bote se desplazaba silenciosamente por el agua.

-Te amo, papá.

El joven se inclinó hacia adelante y besó por última vez la frente de su padre, mojándola un poco con las lágrimas aún frescas. Se incorporó y lo observó. Estaba sereno y con sus ojos cerrados, sumido como siempre en su sueño interminable. Pero ahora parecía distinto; parecía feliz.

El doctor lo miró, apoyando una mano sobre su hombro. El joven asintió levemente, si apartar la mirada del letargo de su padre. La presión de la mano en su hombro se desvaneció y supo entonces que ya estaba hecho. Mientras el doctor comenzaba a manipular el teclado de la máquina, el joven se dio la vuelta y salió de la habitación.

A medida que se alejaba para encontrarse con su reciente esposa, oyó el cambio en el sonido, el cambio que ponía punto final a tres años de incertidumbre, el cambio que hace apretar los dientes y cerrar fuertemente los ojos para derramar más lágrimas, el cambio que indica la culminación, el cambio en el cardiograma, de una frecuencia breve e intermitente al de un pitido agudo y permanente.

Juego de niños

Guido Macari

Mención honrosa 2016

No pasa muy seguido, pero cuando mi hermana me pide que cuide a Simón, suelo inventarle algo para evitar hacerle ese favor. Siempre le contesto el teléfono en todo caso; prefiero decirle una mentirita blanca a ignorarla totalmente. En todo caso, no es que yo tenga mala voluntad. La cuestión es que ese niño agota a cualquiera. Y, de hecho, esa también es la razón de que a veces solidarice con ella; cuando me pilla desprevenido le digo que sí.

Según creo, a mí no me cargan los niños, incluso muchos me generan simpatía. El problema, insisto, es Simón. No es mi tipo, por así decirlo (sin el afán de sonar ambiguo). Se mueve mucho, y siempre —sin excepción— me dice que está aburrido; más aún que el departamento que estoy arrendando no está hecho para su entretenimiento y además es enano, muy apto para claustrofobiarse.

Más difícil se me hizo todo ahora que no está Giselle para darmel ideas o, de frentón, pasar ella el tiempo con el cabro niño. Si yo fuera un descorazonado, si tuviera tv cable (por los canales infantiles, claro) y si él pudiera quedarse quieto por más de quince minutos le dejaría la tele encendida hasta el último segundo posible. Solo Simón y el control remoto.

Sólo será por un rato, me dijo mi hermana. Le había surgido un problema en su oficina y no tenía con quien dejar a Simón. El *sólo por un rato* me dio fuerza para aceptar. Pasaría por mi casa en media hora o menos. Era sábado y ya no era hora para almorzar.

Para esperar, me puse a ver tele. Dejé una película de guerra que ya había visto un par de veces. Tato —el gato de Giselle que ella aún no viene a buscar— se puso al lado mío en el sofá.

Al rato, Tato se fue a esconder debajo del sillón de mi pieza. Siempre es así cuando llega Simón; desaparece hasta que se va. Sonó el timbre. Al abrir la puerta me encuentro con mi

hermana y su hijo. Apenas la miro, me sonrío con apuro y le dio un empujoncito a Simón para que entrara. Gracias, hermanito, eres el más lindo; me dijo. Iba apurada, y llevaba dos carpetas bajo el brazo.

Quedé solo frente al niño, que tenía el pelo muy húmedo y algo peinado; era fácil imaginar vapor brotándole de la cabeza. Parecía recién bañado, aunque quizá eso no era probable, por la que era hora.

Le pedí que pasara, por favor. Le pregunté cómo estaba; y sin mirarme asintió con la cabeza, en respuesta. Siempre le pregunto cuántos años tiene; esa no fue la excepción. Tiene cinco años. No me mostró su edad con los dedos; quizá ya estaba grande para eso, y la memoria ya le permitía recordar lo mucho que repito la pregunta.

Siempre que viene al departamento es lo mismo; debe pasar un tiempo para que agarre confianza. Supuse que sin Giselle para regalonearlo más demoraría en acomodarse. Se sentó en el sofá, al mirar la película que se me había quedado puesta. Tenía las piernas muy apretadas entre sí, como si hubiera querido hacer pipí. Le pregunté si quería algo para tomar. No, me hizo con la cabeza. Le pregunté, también, si quería cambiar de canal. No, me dijo, despacio. Evitaba mis ojos.

Simón, le dije, ¿qué querí hacer? Levantó la vista para verme. Apuntó a la pantalla. Quería ver la película. Sentí alivio, al menos quedarme unos minutos para estar ahí, tranquilo.

Fui a buscar una cerveza al refrigerador. Volví. Me senté al lado de Simón pero a cierta distancia. Apoyé la lata en el brazo del sillón. Eché la cabeza para atrás para descansarla contra la pared. Le dije el nombre de la película. Trato de girar la vista hacia mí, pero se detuvo. Le di un sorbo a la lata. El aire que entraba por la ventana me relajaba los párpados. Creí que los dos, hasta cierto punto, nos evitábamos. Me dio sueño y traté de no quedarme dormido.

Podría estar aburrido, pensé. Busqué, en mi cabeza, ideas. No dejaba de mirar la pantalla; o estaba muy interesado en la película o quería evitar cualquier interacción conmigo. Como ya conocía la trama, sabía que en un par de minutos empezarían a disparar; se me ocurrió un juego. Esperé un poco. Puse la lata vacía en la mesita de centro. Giré el cuerpo hacia Simón. Le pedí que pusiera sus manos en forma de pistola. Me las mostro como si hubiera querido mostrarme que estaban limpias. No sabía cómo hacerlo. Le expliqué de la manera más fácil; con el ejemplo. Le dije que se fijara en mis dedos, y así lo hizo. Practicaba mientras observaba. Luego, le di las instrucciones del juego. “Solo nos queda entrar a matar nazis”, dijo uno de los protagonistas antes de la batalla.

Algo, muy parecido a un tanque, disparó. Cambió la toma; apareció un soldado apuntando. Dispara, le dije justo cuando apareció un enemigo cayendo al suelo por el un tiro.

—Le achuntaste, se murió —lo felicité. Y busqué algo más que decir—: Tienes que apuntar bien para poder ganar.

Sonrió sin confianza. Esperé un momento similar al anterior: un nazi, solo en la pantalla, cayendo por un disparo. En la película, había una cuantas tomas así.

Le volví a dar la señal. Ese soldado, claro, también cayó al suelo. Las imágenes no eran tan explicitas, aquellos momentos de muerte no se mostraban tan de cerca; lo que me dio tranquilidad. Simón se rio. No dejaba de apuntar a la pantalla, que le iluminaba los ojos. El juego lo obligaba a estar constantemente atento y sentado en noventa grados, con sus pies que ni se acercaban al piso.

Le decía que disparara y él lo hacía apenas terminaba de darle “la orden”. Acompañaba sus tiros con un *pium!* muy poco creíble. No sabía si entendía muy bien lo que hacía, pero ya

tenía cinco años. Por un momento, pensé en que la película estaba por terminar; me concentré en, si en una de esas, sonaba el timbre. Debíamos llevar como una hora ahí.

Simón a cada rato daba saltitos con su cuerpo, que yo los entendí como síntomas de entretenimiento. Yo, con las piernas apoyadas en la mesa de centro, descansaba de la situación; solo entreviendo para dar la señal. Hasta tuve tiempo para pensar en otras cosas; me acordé de Giselle (¿qué idea habría tenido para entretenerlo?), también quise saber dónde andaría Tato, estaría escondido su-mi gato.

En un final quizás algo simple, dos oficiales —enemigos entre ellos, pero aliados por obligación— se dieron la mano en señal de triunfo. Esa imagen empezó a oscurecerse hasta desaparecer. Aparecieron los créditos. Cuando le dije que había ganado, parte de la cara se le puso colorada; quedando lleno de algo como un orgullo afiebrado.

Después de que una voz anunciara en la tele cual era la siguiente película, Simón hizo unos cuantos “disparos” a distintas partes, seguramente como forma de celebración; se veía contento.

Aprovechando ese tiempo, me levanté, despacio, para abrir un poco más la ventana y las cortinas. Ahí, algo encandilado, busqué a alguien que estuviera haciendo algo en su balcón, por ejemplo, colgando ropa.

Al volver vi a Simón cargado en su brazo del sofá, jugando con los dedos, chocando los de una mano con la otra, como si hubiera tenido pegamento en las manos. Quise saber si le había gustado el juego, pero preferí dejarlo en lo suyo.

Cuando volvía a sentarme, en una acción que pareció muy preparada, giró un poco el cuello para mirarme a los ojos. Me preguntó qué era matar. No supe responderle.

Se me vino a la cabeza la palabra *matar*; pensé en un cuchillo levantado y a punto de apuñalar. Pensé en unas sábanas llenas de una sangre medio seca. Era una palabra difícil. Eso sí, quizá él ya estaba grande para no saber qué era matar, qué era la muerte. (¿Cómo a su edad no sabía nada de eso?). *Matar y morir*. Dos palabras que, unidas en una misma frase, se me hicieron feísimas... Quizá exageré.

Entrampado por una simple pregunta. En serio. Acorralado, imaginando qué habría dicho mi hermana si nos hubiera estaba observando. Existían pocas palabras posibles. Tenía algunas en mente, revueltas. Podía usar a san Pedro en las puertas de un cielo, un cementerio lleno de sol. Estúpido. Yo no podía aturdirme por algo así. Pero supongo que me convencí de que, igual, nunca es buen momento para aprender esas cosas, que ocurren por una acumulación de coincidencias.

No me quitaba los ojos de encima; como burlándose, vigilaba las palabras que no alcanzaban a salir de mis labios. Miré por la ventana, buscando algo de luz.

—Es cuando alguien le quita la vida a otro —le dije sin ninguna pausa.

Puso una cara que no deja de llamarla la atención. Apreté un poco las muelas, y el brazo del sofá. Creí escuchar que me llamaban por celular; pero al afinar el oído me di cuenta que no.

—¿Disparar puede matar? —me preguntó, modulando exageradamente cada letra.

—A veces. No siempre.

Apenas estuve seguro de que no iba hablarme nada más, le pregunté si quería tomar algo. Quería jugo. Así que fui a la cocina para hacer un jugo. Por si era mañoso, tomé un jugo en polvo de durazno. No tenía ningún jarro, pero sí una botella plástica de litro y medio. Cuando terminé de revolver y de echarlo a un vaso, descansé un poco con los brazos apoyados en el mesón.

Me dio las gracias cuando le pasé el jugo. Yo buscaba cosas para hacer. Había un zancudo enorme chocando, en vuelo, con una de las esquinas de la sala de estar. Nunca puedo

ignorarlos, no como a otros bichos. Al empezar a buscar el insecticida, escuché el timbre. Le hice el quite a la mesa de centro y llegué rápido para abrir.

Mi hermana me abrazó, fuerte y rápido. Se asomó por el pasillo; con la mano le hizo a Simón para que fuera donde ella. Aproveché esos segundos en los que Simón se negaba a pararse. Tomé el insecticida, que estaba al lado del mueble de la tele, para roseárselo al bicho del techo. Al darme la vuelta para acompañarlos a la puerta, vi que Simón miraba, sin ninguna expresión particular, al cada vez más aturdido zancudo. Como en el tenis, yo turnaba la vista entre los dos: niño, bicho... Eso hasta que este último término por caer mientras agotaba sus últimos aletazos.

Como ella siempre anda apurada, le dijo a su hijo que le diera gracias al tío, y luego lo guió de la mano hasta la salida. Simón me hizo chao moviendo la mano, con algo de vergüenza creo. Al vuelo, mi hermana me dio mil gracias y quiso saber cómo se había portado su hijo. Le respondí que bien, y cerró la puerta. Y repensé su pregunta: sí, según yo, todo anduvo mejor que nunca.

Fui a apagar la tele. Vi el vaso a medio tomar de Simón con su boca marcada. Me hubiera gustado saber si lo había hecho bien como tío en esa oportunidad; ya no estaba Giselle para darme una opinión.

Tato, como era de esperar, se asomó por la puerta de mi pieza. Giró la cabeza para todos lados, sin tomarse mucho tiempo. Ya seguro, cuando caminaba hacia el sofá, se dio cuenta del cuerpo del zancudo en la esquina. Cambió de idea y fue hasta el bicho. Solo lo olió, y de lejos nomás.

Fui a buscar la escoba y la pala, para barrer los restos de zancudo. Ya sin el niño, todo había quedado bastante limpio como para dejar pasar ese detalle.

Pasó un rato. Oscurecía. Y escuché que sonaba mi celular. Era mi hermana. Creí que era para volverme a dar las gracias. Pero apenas se preocupó de saludarme. Me preguntó si sabía por qué Simón no dejaba de jugar a dispararle y decirle que ya debía estar muerta. Al principio no hice la relación, pero terminé por entender de qué me hablaba. Le hablé de la película y le conté sobre el juego que le había enseñado a mi sobrino; entremedio, también traté de distraerla recalcándole lo bien que se había portado su hijo. “Casi como me hubieras traído otro niño disfrazado, no sabía que podía ser así tan tranquilo”.

Terminé por recomendarle que, cuando Simón hiciera con su boca el *¡pum!* del balazo, ella le dijera “no me achuntaste”. Así él no podría descubrir que sus disparos son inofensivos.

Igual no dejó de escucharse poco convencida, preocupada incluso. Le pedí que se relajara, que solo se trataba de un juego. Pero no se aliviaba mucho. Me comentó que, según ella, él no tendría por qué entender de esas cosas.

Nos despedimos y colgó. Quedé solo, con todas sus aprensiones dándome vueltas. Recordé la cara de Simón cuando supo —supongo— qué significaba matar. Las cejas se levantaron, arrugándole un poco su frente como por primera vez. Casi sonrió: se le abrió un poco la boca, similar a cuando entiendes un chiste después de varios intentos. También me acordé de sus ojos puestos en el zancudo mientras este caía, asfixiado, rozando las paredes.

Podría haber esperado a que se fuera Simón para tirar el insecticida. Pero no me di cuenta... Más encima, dicen que esos zancudos grandotes no pican, ni chupan sangre por lo tanto.

Busqué algo qué hacer, en vez de quedarme sentado mirando cómo me pasaba el teléfono de una mano a otra. Encendí la tele después de al fin poder encontrar el control remoto entre los cojines del sofá. Busqué entre los canales nacionales alguno que —ojalá— no diera noticias puras tragedias policiales. Antes de echarme y apoyar los pies en la mesita de centro, encendí

una luz para que no hubiera tanto contraste entre el departamento y el brillo de la tele. Así, en una de esas, conseguía quedarme dormido.

La maldición de ser una vaca

Claudio Tagle

Primer Lugar Santiago 2015

Estaba tratando de saborear los últimos bocados de pasto, cuando Carmencha, me recordó que teníamos que apurarnos ya que era nuestra asamblea mensual. De solo recordar lo aburridas que son esas reuniones, se me quitó el hambre y comenzamos a caminar hacia el establo. Carmencha por el contrario estaba muy entusiasmada con que finalmente en esta reunión llegaríamos a una conclusión interesante; sin embargo con solo ver la tabla de temas a tratar, confirmé mi sospecha de que hubiera sido mejor quedarme durmiendo una siesta.

El primer tema propuesto por la Directiva Vacuna, era sobre productividad, aunque en el fondo trataba sobre la eterna discusión de que si las vacas lecheras somos mejores que las vacas café y sus jugosos filetes. Cada raza trata de plantear que es mejor que la otra, las Lecheras podemos producir alimento por mucho tiempo, gracias a nosotras existe el queso, los capuchinos, el chocolate caliente y en general los niños nos quieren. Les apuesto mi lengua que nunca han visto visto a un niño dibujar una vaca café, siempre nos dibujan a nosotras blancas con negro. Las Cárnica por su parte, argumentan ser mucho más felices, ya que viven tranquilas, sin el estrés de ser ordeñada varias veces al día, tienen una muerte rápida (al contrario de las Lecheras que morimos un poco cada día). Además aportan muchas proteínas y vitaminas esenciales para los seres humanos carnívoros. Orgullo especial tienen cuando hablan de la importancia de los asados en la sociedad actual y el rol que cumplen uniendo a familiares y amigos, como si los cerdos y los pollos no pudieran hacer lo mismo. Respecto a la gente vegetariana las Cárnica están divididas, ya que aunque algunas agradecen profundamente el que no se las quieran comer, la mayoría se da cuenta que la comodidad de su existencia se vería afectada en el largo plazo, si no se pudiera vender su carne.

En general cada una está orgullosa de la raza que es y trata de justificarlo al resto y aunque a mi en particular no me molesta que me ordeñen, hubiera preferido ser café, pero por más que muevo mi cola cuando vienen el granjero, no me entiende que preferiría engordar para ser un asado, que seguir un día más con la rutinaria vida de una Lechera.

El segundo tema a tratar, tenía que ver con medir nuestra huella de carbono. Ustedes no se imaginan lo duro que es ser apuntadas con el dedo por ser la especie que genera más CO₂ en el planeta. De partida ni siquiera sabemos lo que significa eso, pero al parecer es muy malo. Carmencha tomó la palabra y una vez más comenzó a predicar que tal como le había enseñado su abuela, debíamos masticar muy bien cada bocado y alternar pasto con trébol, para hincharnos menos, como si esos “secretos de campo” sirvieran realmente para algo. El mes pasado sobre este punto habíamos decidido reducir nuestro consumo de pasto en un 10%. Fue un esfuerzo tremendo, pero estábamos comprometidas con la causa ecológica. Para

nuestra sorpresa, al granjero no le pareció una buena idea, ya que las Cárnica comenzaron a bajar de peso y nosotras disminuimos nuestra producción de leche, por lo que en vez de felicitarnos, terminamos rodeadas de veterinarios que nos pinchaban con inyecciones y una gran cantidad de exámenes, por lo que tuvimos que deponer esa estrategia. Obviamente las Cárnica fueron las primeras en bajarse del movimiento y perdimos mucho tiempo discutiendo sobre la lealtad interracial.

El tema principal, debió esperar a una presentación realizada por la Comisión de Marketing, que estaba muy preocupada por el uso indiscriminado de nuestro nombre para designar a las humanas excedidas de peso. Por lo que pudo investigar la comisión, no era algo que solo decía la esposa del granjero, sino que era una práctica habitual en gran parte del mundo. Todas coincidimos en que las humanas aunque algunas pudieran acercarse remotamente a nuestro peso y forma, eran incapaces de producir en toda su vida, la leche que nosotras dábamos en un mes y para qué decir de la cantidad de carne útil que se podría obtener de una de ellas, por lo que en forma unánime decidimos no preocuparnos más de este tema.

Finalmente la discusión central comenzó y la Directiva mostró su gran preocupación por lo gordo y flojo que se había puesto el Toro de la granja este último año. De hecho ni siquiera había asistido a las últimas reuniones y solo se entretenía en mover cosas pesadas para el granjero. Algunas opinaban que seguramente estaba interesado en visitar las granjas vecinas, después de todo no sería la primera vez que un Toro nos abandonaba, otras opinábamos que se había aburrido de nuestras constantes quejas y exigencias, por lo que no llegamos a un acuerdo sobre si había o no que conquistar un nuevo toro y se pospuso un plan de acción para la próxima reunión, sin embargo Carmencha se ofreció para seguir al Toro y vigilar su comportamiento, levantando las suspicacias y habladurías de otras que les hubiera gustado hacer lo mismo, pero no alcanzaron a proponerse.

Ya estaba preparandome para salir, cuando la presidenta agregó un “nuevo” tema. Hace más de 10 años que habíamos creado un sindicato para que planteara nuestras necesidades al granjero. La lista de peticiones no era extensa pero significativa: Descanso dominical, una solución definitiva al problema de las moscas, vacaciones de dos semanas en verano y establecer cuotas máximas de leche y kilos de carne a entregar semanalmente. Todo sonaba muy bien, pero aún no se resolvía como poder comunicarnos con el granjero, lo que hacía imposible proponer nuestro pliego. Acordamos seguir trabajando en 2 comisiones paralelas: sistema morse a través de movimientos de cola y telepatía, aunque los resultados de ambos métodos hasta ahora eran muy desalentadores.

El sol ya se había ocultado cuando terminamos la reunión, me fui a dormir deseando dejar de ser una vaca.

Declaración de un inocente

Marcelo Ortiz

Mención honrosa Santiago 2015

No recuerdo bien como terminó la tragedia. Escuché a los médicos decirle a los policías que es

habitual perder la memoria luego de accidentes o traumas. Tampoco sé como llegué al hospital, pero si recuerdo qué hacíamos antes de perder la conciencia. Esperaré en mi camilla hasta que vengan los policías a preguntar mi versión... no siento fuerzas para moverme.

Mi primer recuerdo, es ir con la Juani y su mamá Verónica a la casa de su tío abuelo Manuel, un hombre canoso, piel morena y curtida por el trabajo de mala muerte en el persa. Era un viejo, al menos de apariencia, muy alegre, con pocos dientes, pero de muchos abrazos. A pesar de las canas, no se ve muy mayor a la tía Vero. Por fin en este hospital logró ver bien a la tía Vero y a Manolo, la enfermera movió la cortina que rodea mi camilla, y los reconocí por la voz, sentados al fondo de la sala, uno junto al otro. Quizás es porque comparten la cara de pena, de desconsuelo, pero al verlos juntos pienso que parecen más hermanos que tío y sobrina.

Ahora recuerdo que el camino hacia la casa de Manuel fue bastante tedioso: si bien eran sólo 5 cuadras desde la casa de Juani, ella a penas cruzó su portón empezó con los berrinches y pataletas de quinceañera rebelde: "mamá ya no quiero ir más", "La Sussan me dijo que fuera a su casa", "mamá! me carga quedarme con el tío Manolo". Pero la tía Vero, no tenía mucha paciencia, sabía que reclamaba por todo pero igual terminaría haciendo lo que la mamá le dice. A punta de empujones la llevaba cada 5 pasos. A veces los empujones me llegaban hasta a mí, que trataba de pasar desapercibido en todo ese espectáculo callejero.

Sé que no habían más alternativas para la tía Vero, ya eran las 4 de la tarde y debía ir a trabajar en el Peaje de Melipilla. Varias veces le escuché decir a Juani que ese trabajo a medio tiempo era lo mejor que le pudo pasar a su mamá, pues aunque el pago no fuera bueno, era estable, y dado su eterno sufrimiento de cadera, no aguantaba trabajar donde tuviera que caminar o moverse mucho.

Cuando entramos en la casa del tío Manolo, sentí la humedad y el poco cuidado. La casa era vieja, chillaba el piso con cada paso. Manolo nos recibió con elocuente alegría y muchos abrazos. Nos invita a sentar, pero la tía Vero se excusa, señalando que ya va atrasada al Peaje, y con los bastones poco puede hacer por apurarse, así que nos deja allí encargados, y se marcha. Juani estaba insopportable: el tío le hablaba mientras tostaba el pan de la once, y ella apenas respondía, con tono de enojo y desinterés. Entiendo que una niña de 15 años tenga pocos temas interesantes para conversar con un tío de 60 años, pero yo estaba muy incómodo, me conmovía la ternura de la voz con la que le preguntaba por sus notas del colegio, lo paternal de su preocupación por cómo lo hace para venirse del colegio ahora que oscurece más temprano. Cuando pasamos a la mesa, Juani comía y comía sin parar, no se si por hambre o por impedir más diálogos tensos. Supongo que Manolo ya la conocía desde hace tiempo, porque no parecía molesto, y seguía entablando nuevas conversaciones como quién no entiende la incomodidad del otro, o como quién si la entiende, pero sabe que domina la situación. Le preguntó por la salud de su mamá, por si han sabido algo de su papá, y también le preguntó si aun le quedan los 10 mil pesos que le regaló la última vez que vino. Juani respondía lo mínimo: "Mal, no aguanta el dolor", "no, sigue sin depositar", "ya las gasté". En cambio Manolo no escatimaba en saliva y se explayaba largamente en monólogos sobre la penosa situación de su sobrina Vero, pobre, sin marido y enferma. Indicaba con modestia que él estaba feliz de ayudar económicamente en todo a su mamá, que era su obligación, porque sin él, estaría en la calle mendigando en una silla de rueda para pagarle el colegio y sus remedios. Yo sentía que Juani estallaría, se estaba acelerando, había dejado de comer las tostadas, y ni siquiera continuaba oyendo lo que decía Manolo, sólo apretaba los puños fuerte contra la mesa, y aguantaba esa lagrima de niña con todo el orgullo que podía. Manuel continuaba resaltando que sigue trabajando por ellas, porque sino ¿quien les ayudaría?, no permitiría ver a su sobrina y su sobrina nieta en la calle, que el amor era más grande que su cansancio y sus ganas de jubilar. Juani no aguantó más la lágrima

y lo interrumpió bruscamente: "mi mamá acepta tu ayuda porque no sabe la basura que eres, viejo degenerado!"

Le di una patadita a Juani bajo la mesa, y noté que ella lo sintió, se quedó inmóvil, no se si porque no se esperaba mi patada, o porque notó la potencia de sus palabras. Manuel con fingida cara de ofendido, se para de la mesa y se lanza sobre nosotros. Yo sólo atiné a protegerme el rostro con las manos y el vientre con mis piernas. No se que hacía Juani, porque me protegí la cara mientras todo se movía a mi alrededor. En ese huracán de movimientos ciegos, siento súbitamente una contracción de mi entorno, como si ahora en la camilla del hospital alguien se abalanzara de un salto sobre mi. Quizás dejé de respirar por el susto, no se, pero sentía que me faltaba oxígeno. Luego los gritos ya no parecían las de una pelea, sino los quejidos de una niña con susto y un dolor desgarrador. Manolo seguía golpeando a Juani, cuando vino otra contracción más fuerte que la anterior. Ahora me ahogaban en el cuello, creo que la Juani lo sabía, porque sentí que sus manos se tensaron por los mismos segundos que duró mi ahogo. Volví a respirar, y note que dejamos de movernos, supongo que los gritos de Juani alarmaron a Manuel, pues lo escuchó correr buscando algo. Aproveché de relajarme, estiro las piernas y con mis manos inspecciono mi cara, pero al bajar los brazos siento algo enredado en mi cuello. Con eso me ahogaban supongo. Intento moverme para sacarlo, no funciona, Juani no me ayuda y siento que sigue llorando. Continúo intentando desatarme con creciente desesperación porque siento que cada segundo que pasa, más oxígeno me falta, lucho, me muevo, y en algún momento, todo se apaga.

Desperté en esta pequeña camilla de vidrio, acá en el Hospital, por el susurro de las matronas que decían que por poco nazco con secuelas por el ahogo. Espero que me interroguen, pues se bien que Manuel nos violentó, aunque ahora le diga a la policía que no entiende lo que pasa, que perdió la memoria por el trauma. Me preocupa que si no escuchan mi versión, piensen que también soy culpable, pero más me preocupa no escuchar a la Juani. No se donde está, quizás es la joven de la camilla grande del lado que duerme con un tubo en la boca. Sino habla difícil que la reconozca, porque nunca le he visto la cara.

Ni uno menos

Estefanía Palma

Primer Lugar Viña del Mar 2015

Es una noche como cualquier otra, apoya como de costumbre su rostro en la palma de su delicada mano y observa a su alrededor, esperando que sea tiempo de salir; De vez en cuando mira el reloj de la pared, ambas manecillas en el siete, ambas manecillas en el ocho. La hora ha llegado, se levanta con cuidado de su silla, con el mismo cuidado de siempre se calza su bolso, las "tan típicas" miradas burlonas comentan algo a sus espaldas pero hace caso omiso, tan solo continúa su camino de todos los días...

Finalmente es hora de ir a casa, antes decide pasar a refrescarse, se detiene en la puerta del servicio vacilando por un leve período de tiempo, mira hacia el frente y entra, se mira al espejo se humedece un poco la cara y le sonríe a alguien que le corresponde con la misma

sonrisa, un tanto extraña, un tanto ajena... pero casi todos los días también es lo mismo, su sonrisa siempre parece ajena.

Se coloca los audífonos, busca la canción de Morrissey que más le gusta y por un momento se olvida del mundo, sonríe sinceramente para sus adentros y en esa misma atmósfera musical que le protege sale al mundo, el gesto despreocupado, el cabello completamente alocado. Dobra la esquina mientras tararea “Why do you come here, when you know it makes thing hard for me...”.

Se detiene a la entrada del almacén de doña Pepi, ella le saluda con su rostro familiar: “Buenas noche’ mi amorcito, ¿cómo ha estao’? ¿Qué va a querer llevar?”, suelta la misma risita nerviosa de siempre, se muerde las uñas y duda por un momento, pide una coca cola express, la disfruta hasta la última gota, se despide amablemente y continúa su trayecto.

Le gusta mucho caminar hasta casa luego de salir del instituto, es el único momento en que puede dar rienda suelta a sus pensamientos sin que nadie le juzgue, también disfruta cantar sus canciones favoritas como si nadie más estuviese cerca, cuando escucha el mp3 se olvida del mundo. La música cambia, “Tropical the island breeze, all of nature wild and free...” es lo que se oye de fondo; Le encanta la Madonna, y como si no estuviese pensando, comienza a bailar por la avenida, fantasea en que está en un videoclip, las coloridas luces le iluminan al centro de la pista, su cuerpo se mueve al ritmo de la canción y por un momento es la estrella del lugar, todos le observan. Cuando la música finaliza los aplausos estallan estrepitosamente, todos le miran como si fuese la octava maravilla del mundo.

Entre el encanto y los brillos de las luces dobla por la esquina de Ortúzar, un anciano que pasea a su perro le sonríe al pasar, ahora no camina como de costumbre sino que anda como danzando por la vereda, cada pie sigue armónicamente al otro. ¡Pero con qué facilidad se deja llevar hasta por el viento cuando no hay nadie cerca!, ¡qué libre se siente cuando nadie está mirando!

Mira su reloj, ya casi son las nueve, quedan poco menos de seis cuadras para llegar a casa, sin lugar a dudas las disfrutará, mañana ya es sábado y no tendrá que hacer el trayecto nuevamente; Se contenta mucho con estas pequeñas cosas, suele disfrutar mucho de los detalles.

Dobra a la izquierda a la altura del 2100, con la mente en otro lado siente un fuerte golpe en su hombro, vuelve súbitamente a la realidad, se quita un audífono para pedir disculpas como siempre suele hacer, de vez en cuando le ocurre que choca con alguien por descuido propio, o simplemente por casualidad. Cuando se gira buscando el rostro de aquel peatón se encuentra con una sonrisa inusual, como de satisfacción; sube lentamente la mirada hasta llegar a la altura de unos ojos extraños en donde la sonrisa no llega a las pupilas, un insólito escalofrío le recorre la espalda. Cuando pronuncia a tientas la palabra “perdón” siente un calor que se aproxima, ahora son dos pares de ojos extraños que le observan, solo que los otros se encuentran detrás, donde no puede verlos pero sí sentirlos. En un segundo, todo su cuerpo se congela, mientras oye las risotadas de estos hombres, algo en su interior grita que esto no anda bien.

La voz de uno de ellos rompe la musicalidad de la noche, es el que está al frente: -“Podriai’ tener un poquito más de cuidao’ cuando caminai”. Su mirada perversa le recorre de pies a cabeza, de golpe le quita el mp3 y se acomoda un audífono, -“¿y esta musiquita? Supongo que es de tu hermana...”, una voz más ronca brota a sus espaldas “Que va’ a ser de la hermana, ¿no vei la pintita de maricón que tiene? Ambos se carcajean, la noche se torna pesada y el aire denso, pareciese que la tierra se ha tragado a todos los transeúntes de la calle, excepto a estos dos.

-¿Cómo te llamai? pregunta el de atrás; él no contesta nada, está paralizado, el tiempo en su cabeza se ha detenido como en las películas, -¿Cómo te llamai pregunté?, su tono es amenazador y antes de que logre articular palabra siente un golpe sólido en el estómago. Apenas, con un suspiro ahogado deja salir su nombre... Cristián.

-“¿y a tu mamita no se le ocurrió un nombre de hombresito pa vo’?” uno le suelta las palabras con aversión, el otro se ríe... El tiempo sigue detenido dentro de la cabeza de Cristián, -Mira, si tiene pura música de maricón”; –“y el bolso rojo, jajaja, ¿por qué no te compraste una cartera mejor?

No puede pronunciar sonido alguno, la música se ha detenido en su cuerpo y en su cabeza no hay más que terror, los insultos le aprehenden por completo y le entumecen más y más, los murmullos de los de la clase no son nada al lado de lo que ahora está oyendo, -“si yo fuera mamá de un enfermito como vo’ te hubiera molido a palos para que se te pasara lo colita, ¿o no?”. –“¿y si lo molemos a patadas? capaz que se le pase po’, ¿por qué no?, jajaja. La desesperación se apodera completamente de su ser, un grito desgarrador sale de su garganta -“¡DEJÉNME TRANQUILO PORFAVOR!”. Pero el grito obtiene respuesta inmediatamente, otra patada lo deja sin aliento, y otra le sigue al instante. -“¡Cállate maricón!”.

Ha perdido toda noción del tiempo, los golpes lo han silenciado completamente, todo a su alrededor parece sosegado por la violencia, ya no oye risas, sólo siente la calidez de las lágrimas resbalar por su rostro, tirado en el suelo ya no salen gritos de su garganta, los gritos se han ensangrentado y resbalan burbujeantes por su boca. Con los ojos entrecerrados logra ver el rostro de uno de los agresores: de tez morena y calvo, un último detalle le llama la atención, es como si ese rostro y el odio fuesen uno solo.

Un golpe final borra su último recuerdo, ahora la música se ha detenido no sólo dentro de su cabeza, la música se ha detenido dentro de él, para siempre.

Sábado, ambas manecillas en el siete, ambas manecillas en el ocho, las noticias matutinas llegan a todos los hogares, un joven ha sido brutalmente asesinado por desconocidos, su nombre era Cristián Rodríguez; Cuando entrevistan a la madre, entre lágrimas ésta dice que lo han matado por ser gay, que lo han hecho por ser diferente, que la gente odia a quienes son diferentes. Los funerales son el domingo, el cementerio se llena de banderas multicolores y discursos por la igualdad.

Transcurren los días, todos parecen recordar a Cristián, sus compañeros dicen que era reservado y amable, los más indiferentes dicen que ningún ser humano merece algo así. Su padre prefiere no hablar en cámara, a pesar de haber peleado tantas veces con él, amaba a su hijo, a pesar, de que era “así”. La investigación sigue en curso, nadie parece haber visto nada.

Al mes, uno de los involucrados se entrega, dice no arrepentirse de nada, las críticas no se hacen esperar en las redes sociales, una vez más, el nombre de Cristián se comenta en todos lados, 10 años de cárcel por lo que el juez califica: “un acto repudiable de discriminación e indiferencia humana”.

Los meses siguieron pasando, doña pepi, la del almacén le enciende velitas de vez en cuando al “cabro lindo que tanto quería”. Pero tras los meses las velas se apagan, el anciano ya no saca a pasear a su perro, la esquina de Ortúzar sigue siendo la esquina de Ortúzar, no le han puesto el nombre de Cristián a ninguna calle, sus padres visitan el cementerio de vez en cuando, donde las banderas multicolores se han desteñido con el sol. Los compañeros ya han salido del instituto, la investigación ha finalizado, Cristián sólo figura como un titular

en la pila de periódicos de la biblioteca pública. Los vecinos, el país y la historia han seguido su curso normal.

...

Un año más tarde, en las noticias del canal nacional informan que “otro joven homosexual muere atacado por una pandilla de desconocidos”, a continuación del fatídico titular, veinte minutos cubren la tragedia del país: “Rodríguez se excluye del encuentro de la selección ante Argentina.